

# BALADA DEL NO DIVORCIO

POZUELO

**S**ALIERON del coche y les dio, de pronto, el manotazo del viento frío, que bajaba de los nevados de la sierra y tomaba velocidad y sesgos de navaja en las esquinas. Diciembre había dado ya su golpe de estado. Se apretaron el uno contra el otro -llevaban años apretándose contra todas las intemperies- y corrieron hacia el portal; cambiaron la mueca del frío por la del pequeño amparo, y el ascensor les llevó a la tibieza del apartamento. Ya el gato lo había oído todo, ya se había encaramado al armario del recibimiento para saltar sobre el hombro de él, convencido de que el gesto cien veces repetido aún debía ser una grata sorpresa; y ellos la fingieron. Sobre todo ella, que la fingió para los dos, para el hombre y el gato. Los dos eran muy susceptibles. Ella les protegía. El fue rápidamente al televisor. Tenía una singular fe en las noticias. Un... fe antigua: de cuando esperaba que las noticias pudieran entrar en su vida y cambiarla. Pero sólo le respondió la nieve y el ronquido de la pantalla. Ella fue al cuarto del niño. La canguro dormitaba; se había quitado la falda para no arrugarla y estaban sueltas y tranquilas sus largas piernas. El niño dormía y movía la boca: soñaba con pezón. La canguro se levantó y dio la novedad del sin novedad. Luego se dirigió a él, hacia el hombre que extrañamente siempre esperaba una noticia, y le dijo:

-¡Ah! Que la televisión ha dicho que se ha matado Sa Carneiro en un accidente de aviación. Con su esposa.

Mientras él lanzaba las exclamaciones características y comenzaba a es-

pecular sobre el futuro de Portugal, ella contestaba a la canguro:

-No era su esposa.

-Bueno, lo que fuera, qué más da. Ellos han dicho «su esposa».

-Unos miserables, los que hacen eso. No estaban casados y lo explicaban; no disimulaban ni siquiera ante el presidente Carter. Ni ante los obispos que le apoyaban en su carrera política. Nuestra cobardía moral, nuestra hipocresía, no había conseguido saltar esa frontera. Y ahora se lo están robando aquí. Los mismos ladrones de divorcios...

Habían salido del cuarto del niño. La canguro tenía algo que proponer, y lo propuso:

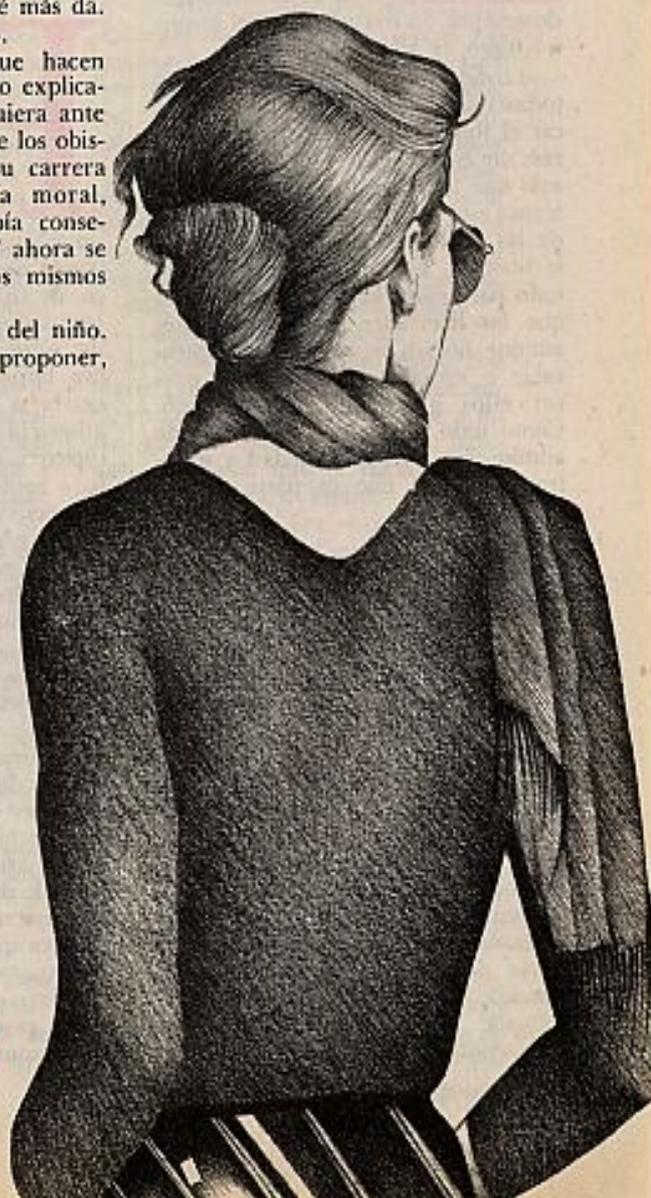
-Que si me puedo quedar a dormir esta noche en el cuarto del niño; es muy tarde, hace frío, y mi novio está en Canadá.

Lo dio por aceptado.

-Que si les preparo algo. Yo me voy a poner un whisky.

Pululaba semidesnuda. Ella dudó de si decirle algo de la falda, pero no creyó que fuera conveniente. Quizá él mirase un poco de reojo; pero la verdad es que tenía el ojo puesto en el televisor apagado, como si aún le pudiera sacar algún partido. Por alguna razón misteriosa seguía preocupado con el futuro de Portugal. Murmuraba algo sobre

si Eanes podría ganar ahora, y especulaba con que lo mismo daba que



## BALADA DEL NO DIVORCIO

ganase o que perdiese. Lo cual era inevitablemente falso. Ella le llamó a la realidad.

-¿Te das cuenta de la importancia de la noticia, de la única, de la verdadera importancia? Vivían juntos desde hace dos años; ella estaba casada con otro, con el que tenía tres hijos; él estaba casado con otra y tenía cinco hijos. Pero estaban juntos, trabajaban juntos; no les importaba nada.

Estaban viviendo los días de depresión de las negativas del divorcio, del regateo del divorcio. Habían visto las fotografías de los jóvenes tradicionalistas desfilando por las calles de Madrid y llamando masón a Suárez, ateo a Fernández Ordóñez, rojo a Tarancon. Habían seguido la campaña de Herrero de Miñón para regatear facilidades, para hundir la ley del divorcio. Seguían la mezquindad del papa de Roma.

**E**MPEZABA, otra vez, la larga conversación de siempre. La iría animando el pequeño trago de whisky.

-Lo del divorcio -decía él, que tenía todavía la idea de que hay que explicar el fondo de las cosas a las mujeres: un editorialista del hogar- no es más que una parte del todo. El problema está en este regreso en tromba de las prohibiciones; la lucha contra la libertad. Lo han querido siempre todo para ellos; lo que no quieren es que las libertades sean para todos, aunque no sea una cantidad mensurable o agotable. La necesitan para ser ellos quienes la administren. Como todo, como todo. Se trata de administrar nuestra sociedad y nuestra intimidad, que es parte de esa sociedad.

Ella protestaba:

-Siempre lo generalizas todo. En el fondo, eres un político -lo decía con una ligera brizna de desprecio-; el problema de los políticos es que están preocupados con lo abstracto.

-¿Cómo va a ser abstracto el control de la sociedad?

La canguro callaba y sonreía. Morisqueaba un trozo de jamón que había cortado sólo para ella, bebía sorbitos de whisky, lo mezclaba todo en la boca durante un momento y encontraba un sabor nuevo y grato. Se acariciaba lentamente los muslos desnudos; quizá pensaba en que el novio debía estar ahora helado en Canadá, si es que de verdad estaba en Canadá. Ya volvería. El gato había convertido sus ojos en una fina raya

de luz, como la que a veces entra por debajo de las puertas.

-Es igual -dijo ella, después de un rato de silencio-. Sea como sea, no lo van a dar, o lo van a dar en inútiles píldoras. Nos van a arrastrar durante meses por juzgados, meses llenos de escenas violentas, de detalles íntimos, de exhortaciones a que volvamos a aquello de donde salimos. Relatos obscenos... Y, al final, para que al juez no le parezca suficiente. O piense en su conciencia, en vez de en la nuestra...

-Pues no lo hagáis; dejadlo todo -la canguro tenía una voz un poco ronca y hablaba muy despacio. Generalmente no daba opiniones.

-Tú eres una pasota -dijo él.

-No lo sé. Pero sé que hay cosas que me dan un poco de risa y no me atañen en nada. Aunque se quieran dirigir a mí. Hay que hacerse transparente, invisible. Que pasen a través de nosotros. Si nos quieren herir y tienen más armas, lo que hay que conseguir es que no nos sintamos heridos. Podemos ser invulnerables...

-No puede ser -dijo él-. No puede ser, puesto que existen y existimos.

**P**ERO ella se había quedado callada. Siempre guardaba un silencio de relexión. Tenía detrás un pasado de hija única, de colegio de monjas y de esposa compartida con pequeñas aventuras de siete a nueve. El, en cambio, era improvisador y terco. Siempre tenía a mano un pensamiento adquirido, una idea recibida, un tópico útil. Sólo rectificaba -y llegaba a veces al punto contrario- con la conversación.

-Tú eres joven -dijo a la canguro de las piernas largas-; y esto no quiere decir que tus ideas no valgan, o que tus verdades no lo sean. Te valen a ti, y ahora. No estás metida en toda esta trama, no estás comprometida, sujeta...

-No lo voy a estar nunca; no me voy a dejar.

-Eso dijimos todos una vez.

El gato saltó del sillón, se estiró y se fue. Le molestaba la luz, la pequeñez de los asuntos humanos, la pequeña filosofía de cuando la televisión ya ha terminado.

-¿Por qué no lo seguimos diciendo? -preguntó ella. La canguro la miró con interés; creyó que había conseguido penetrar la capa de la burguesía acumulada en tanta educación

bien fabricada-. En realidad, todo depende de una actitud mental...

-No es así. Tenemos otra vida de antes, y esa vida de antes se nos mete aquí dentro, aunque no queramos. Tenemos un hijo. Lleva el apellido de tu marido. Es legalmente suyo. Como el imbecil no es mala persona, y como le gusta hacer su vida como quiere no nos hace daño. Pero podría hacérselo. La sociedad está montada para una legitimidad de las parejas; y vivimos fuera de esa legalidad, que nos priva de unos derechos que otros tienen...

-Como Sa Carneiro -dijo ella-. Como Sa Carneiro, que podía ser presidente del Consejo.

-Con lo cual había creado su propia legalidad. Era una fuerza; y ellos pactan donde hay una fuerza. Sa Carneiro podía ayudarles a un control de la sociedad. Podía ayudarles a que no se divorciasen los otros, a cambio de dejarle a él vivir como quisiera. Eso ha pasado siempre. Pero nosotros no tenemos esa fuerza. No formamos parte del gran pacto, de la permisividad de los selectos...

-Será porque no queréis -insistió la canguro-. La verdad es que no entiendo nada. No os enteráis de que la fuerza está en vosotros mismos. No es normal ver lo que habéis conseguido; formar una pareja lentamente, a fuerza de pequeñas y grandes batallas; que habéis tenido lo fundamental y os preocupa lo secundario. Lo difícil es que dos personas puedan vivir juntas; lo difícil es que estén conformes con tener un niño, y que se encuentren en él. ¿Os puede importar, seriamente, que UCD o quien sea os dé un papel, o que el niño tenga un apellido o tenga otro? ¿Creéis seriamente que a él mismo le va a importar, después? ¿Creéis que después todo esto le va a importar a nadie, creéis siquiera que esto tiene un después?

**S**E levantó para irse a dormir. Ya desde la puerta advirtió que al día siguiente no les vería; se levantaría antes que ellos para ir a clase.

-¿Y tú vas a clase...? -subrayó él lo que le parecía una incongruencia. Ella hizo un gesto un poco burlón; y un poco arrepentida de haber hablado con los mayores que no eran capaces de entenderla. Pero le inspiraban una cierta ternura, envueltos en sus imposibilidades, incapaces de liberarse por

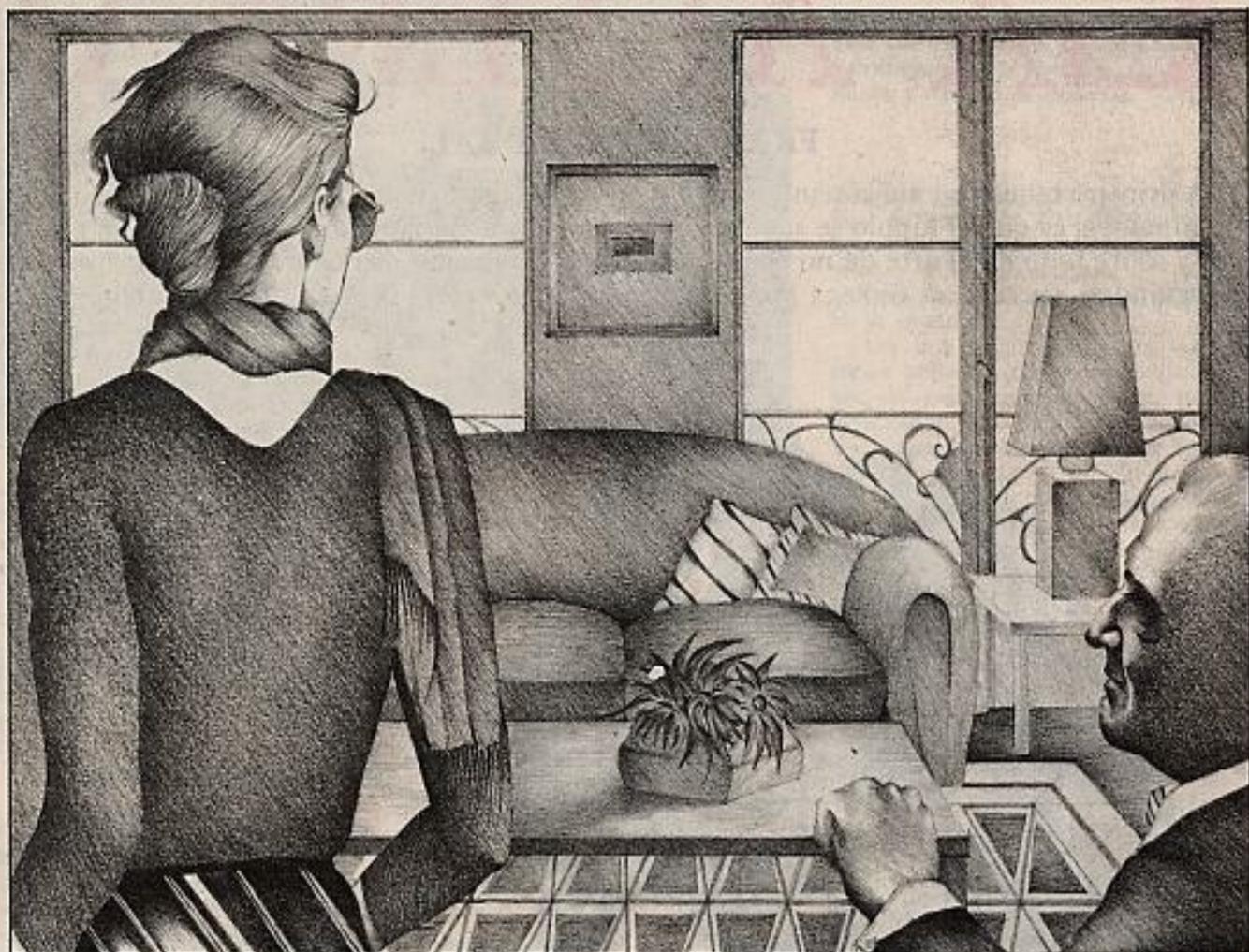


Ilustración de Fuencisla del Amo.

dentro como se habían liberado por fuera. «En el fondo —pensaba mientras se sacaba por la cabeza el grueso jersey, y se tumbaba desnuda en la cama junto a la cuna— estamos todos impregnados de la tradición judeocristiana-romana. Las leyes las llevamos dentro, somos nuestros propios gendarmes y nuestros propios jueces; nos lo han enseñado. Y mientras no sepamos liberarnos nosotros mismos, mal vamos a conseguir que nos liberen los demás. Precisamente aquellos en quienes más pesa ese viejo juez levítico...» No terminó su frase: se durmió pensando en el improbable Canadá, en la hora que sería allí.

**E**N el salón se hizo el silencio. La casa se había enfriado con la muerte de la calefacción.

Algún chasquido de mueble que volvía a contraer su madera. Una sirena atroz en la calle: cualquier tragedia en cualquier rincón de la ciudad. Y un gemido de las plantas de la terraza, movidas por la mano del viento de los neveros. Apenas había empezado él a pensar que había que evitar la prolongación del silencio y que una pareja puede empezar a morir si deja ganar al silencio en los momentos de tensión (en lo que estaba completamente equivocado) cuando ella lo quebró:

—¡Que se lo guarden! Eso es lo que pienso, y te lo digo: que se guarden su divorcio, su mezquindad, su avaricia para con los demás. Que se guarden sus leyes secas, sus papeles y sus documentos. Nos deberíamos negar a divorciarnos, y a casarnos después tú y yo, aunque fuera la ley más amplia del mundo: debería ser nuestro desprecio, nuestra seguridad. Que hagan lo que quieran, menos ganarnos; menos hacernos dudar de nuestra razón. Lo mismo me da Fernández Ordóñez

que Herrero de Miñón, lo mismo Tarancón que don Marcelo. Es su asunto, es su tema. No el nuestro...

**S**E encaminaron hacia la alcoba, apretados el uno contra el otro: como contra el frío, como contra tantas intemperies en tantos años. Pasaron frente a la habitación del niño, donde dormía, felizmente desnuda, la canguro. Ella tuvo un gesto tierno, pícaro y cómico: le tapó los ojos y susurró: «Tú, no mires...» Y así, apretados, entraron en la alcoba. El gato estaba enroscado en la cama de matrimonio que no era de un matrimonio, sino de una pareja nueva surgida de dos matrimonios imposibles. Les vio llegar con un considerable fastidio. Un fastidio de célibe, de obispo. ■ POZUELO